

Antioquía en la Academia Colombiana de Historia

Disertación del Dr. R. Cortázar

A más del honor que he recibido de encontrarme en esta bella ciudad colombiana, es para mí altísimo, señor Presidente, el que me ha conferido el jefe de la comisión que representa aquí a la Academia Colombiana de Historia, cual es el de entregar a la Academia Antioqueña esta tarjeta de visita, que ha de quedar, si así lo queréis, como un recuerdo del cuadragésimo año a que ha llegado vuestra corporación en medio del labor incesante. La tarjeta que por mi conducto deja a vuestras manos la Academia de Historia no hace otra cosa que reconocer los méritos de una institución que se ha desvelado en el servicio de la historia, lo cual redundando en beneficio de la grandeza de la patria común. Ni podía faltar este agradecimiento de nuestra Academia, si ella, en su marcha paralela con la de Antioquia, sabe de los esfuerzos, y de la constancia y de la fe en los destinos de la patria con que estas corporaciones han de abrirse camino por entre la maleza espiritual, a veces más difícil de vencer que la tupida selva de nuestros bosques milenarios. Porque el desinterés, y la abnegación, y el sacrificio de las horas no son virtudes excepcionadas de tropiezos, de incomprendimientos y fastidio; sólo que la pulcritud administrativa y la probidad mental de sus individuos forman a la postre un concepto general que favorece y propone a la mayor eficacia de la labor que se lleva entre manos.

Tomo pié de estas circunstancias, que sin duda son análogas en todas las instituciones de carácter

meramente especulativo, para hacer ante vosotros, en rápida hojeada, una síntesis de la tarea bibliográfica llevada a cabo por individuos pertenecientes a nuestra corporación y que vieron la primera luz en territorio de este departamento. Así creo cumplir mejor el cometido que se me confía y oiréis de labios extraños a vuestra comarca los méritos que varios hijos de Antioquia tienen conquistados en la Academia Colombiana de Historia. Por algo es la nuestra Academia Nacional, porque en su seno han convivido magnífica, admirablemente, individuos de las diversas secciones del país, sin que haya habido jamás el menor choque que pueda desvirtuar este carácter que tan bien cuadra a los amantes de la verdad por la verdad misma.

Nacida la Academia de Historia de la mente de dos varones distinguidos en el campo de las bellas letras, cuando aun no se habían extinguido del todo las fogatas de la guerra civil de fines del siglo pasado, descúbrese en este acto trascendental la influencia decisiva de un antioqueño que empezaba en pleno vigor intelectual, su fecunda carrera de historiador y publicista. Era Eduardo Posada, quien, en compañía de Pedro María Ibáñez, decía al gobierno en diciembre de 1901 que existían varias obras de positiva importancia para la historia nacional y hablaban del bien que reportaría ésta y la literatura patria al publicar tales libros. La idea así lanzada por aquellos dos historiadores resonó en la mente y en el corazón del Ministro de Instrucción Pública, doctor José Joaquín Casas, y hé aquí el origen de la Biblioteca de Historia Nacional, cuyo primer volumen, conocido con el epíteto de *La Patria Boba*, contiene los apuntamientos de Vargas Jurado, el diario de Caballero y el poema de Torres de Peña que él bautizó con el nombre de "*Santafé cautiva*". Sin duda alguna, este ofrecimiento patriótico de Posada hizo ver al

Ministro la conveniencia para la cultura nacional de reunir en un solo cuerpo las fuerzas que podían aparecer dispersas, y fue así como en mayo de 1902 se organizó una comisión de hombres doctos y diligentes como núcleo y principio de la Academia de Historia y Antigüedades colombianas. De ese grupo de hombres doctos y diligentes formaron parte el propio doctor Posada, don Ernesto Restrepo Tirado y don Antonio Mejía Restrepo. Antioquia estaba presente.

La labor de Posada en la Academia fue intensa y decisiva desde los primeros momentos. El representaba no sólo la cohesión intelectual, pero también el espíritu de trabajo, la destreza del zapador de nuestros archivos y anaqueles, y así le vemos en el segundo volumen de la Biblioteca de Historia, dirigir, en compañía de Ibáñez, la publicación de copiosos documentos sobre Nariño, con un prefacio en que Posada se muestra ya consumado erudito en achaques de bibliografía; vino después la Vida de Herrán que alcanzó para sus autores —Posada e Ibáñez— el lauro vencedor en concurso oficial. Prologa luego Posada los volúmenes IV y V, dedicados a los Comuneros y a la Recopilación Historial de Fray Pedro Aguado; recopila más tarde en los volúmenes IX y XV las obras y las cartas de Caldas; consagra el volumen XIII a historiar el movimiento del 20 de julio con noticias circunstanciadas de los hechos y de los autores de aquel acontecimiento memorable; da a luz en el Volumen XIV la biografía de José María Córdoba; en el volumen XXIII aparece la documentación del Congreso de las Provincias Unidas; ocupa más adelante los volúmenes XVI y XXXVI con su erudita bibliografía bogotana; recoge en el volumen XXXIX sus deleitables Apostillas, reveladoras de benedictina paciencia, y fuera de esta labor que por sí sola abarcaría la mayor parte de la vida de un hombre, deja

al morir gran acopio de materiales para obras de índole diversa, pero todas sobre problemas de nuestra historia y de nuestra cultura, y son muchas las páginas del Boletín en que aparece la firma de Eduardo Posada como autor de numerosos y pacientes escritos. Pudo equivocarse y su método no ser rigurosamente científico en ocasiones, pero hay en él un hombre de estudio, un investigador y hasta un poeta!

Otro de los valores de la Academia ha sido el general Ernesto Restrepo Tirado, antioqueño también y no ya de los más jóvenes entre el personal de la Corporación. Vive hace largos años en Sevilla consagrado a sus labores de cónsul de Colombia, y más que a éstas, al estudio de los archivos españoles, de los cuales ha extraído verdaderas joyas que revalúan nuestra historia en no pocos casos. A más de ser autor de "Descubrimiento y Conquista de Colombia", de la Historia y Conquista de Santa Marta, y de otro interesante trabajo que él tituló "De Gonzalo Jiménez de Quesada a Don Pablo Morillo", Restrepo Tirado se incrustó definitivamente en los anales patrios con la publicación de los 24 volúmenes del Archivo Santander, porque su nombre quedó vinculado al del Hombre de las Leyes, que seguirá siendo, a pesar de sus errores políticos, el paladín de la organización de esta República, y cuya gloria lejos de declinar, va ascendiendo en el concepto universal a medida que transcurren los tiempos y se conoce su correspondencia y la de los militares y hombres civiles de su época. Poco importa que el Archivo Santander no haya sido un modelo de ediciones, ni que aparezcan allí errores ortográficos, frases trucas, apellidos alterados, fechas equivocadas. Estas manchas, a semejanza de las rugosidades de la tierra que no alteran la redondez del globo, no disminuyen el mérito de este esfuerzo bibliográfico, máxime si se tiene presente el cúmulo de contrariedades que Restrepo Tirado hubo

de vencer para coronar esta obra que algún día se completará con toda la correspondencia salida de la pluma del general Santander.

Perteneció también a la Academia y fue un gran trabajador en ella el general José Dolores Monsalve, nacido en estas montañas. Fue él un enamorado de la historia, y su temperamento político de raigambre totalitario, lo llevó a ser uno de los más apasionados admiradores del Libertador, pero no con la admiración sentimental de muchos, sino por reflexión y por estudio de los documentos. En este campo dejó el general Monsalve una obra digna de la atención pública: "El Ideal Político del Libertador", en cuyas páginas sigue paso a paso las concepciones del héroe, tendientes todas a la unidad de un pensamiento: la independencia del nuevo mundo. A ese fin todo se subordina, y de ahí que Monsalve encuentre siempre la justificación ante la historia de todo aquello que los enemigos del Libertador han querido presentar como errores y defectos del genio. Monsalve juzga los acontecimientos retrotrayéndolos a la época en que se ofrecieron a la acción de las armas libertadoras, y no como quieren algunos que los analizan a la luz de las nuevas concepciones democráticas. La pelea era de verdad en el campo político y en el militar, y para alcanzar el ideal era preciso no detenerse ni ante los horrores de la guerra a muerte ni ante los artículos de la ley escrita. Si el genio representa un desequilibrio, para qué se le quiere enmarcar en el mismo cuadro en que se mueven los que no lo son? Monsalve aparece fanático para muchos de sus lectores, pero hay que abonarle la buena fe con que defendió lo que él consideraba la verdad. En esta tarea su pluma estuvo siempre en ristre, sin desfallecer jamás. Pero no solamente nos dejó Monsalve esa obra sobre Bolívar, sino que aumentó la Biblioteca de Historia con cuatro volúmenes, dos de

los cuales consagró a la vida de Antonio Villavicencio, otro a las mujeres de la independencia, y el último a la publicación de las actas de la Diputación permanente del Congreso de Angostura, fuera de numerosas biografías, como las de Atanasio Girardot y Pedro Justo Berrío.

Entra también en esta lista de antioqueños célebres en los anales de la historia don Rufino Gutiérrez, miembro de la Academia, y uno de los valores de esta tierra fecunda, donde él tenía los mejores raigambres con haber llevado en su sangre la del cantor de las excelencias del robusto grano. Don Rufino fue hombre en quien brilló el espíritu público unido a una independencia de carácter que no se encuentra sino en cortísimo número de ciudadanos. Para Don Rufino, esa independencia estriba en decir la verdad, y la dijo en cosas de interés para la República al escribir sus dos tomos de Monografías, que ocupan los volúmenes XXVIII y XXX de nuestra Biblioteca, obra geográfica e histórica, llena de datos interesantes, de descripciones ajustadas a la fina percepción de un hombre cultivado, de indicaciones al futuro desarrollo de muchas regiones, de puntos de vista sobre el aislamiento en que hemos solido vivir los colombianos, dueños de un rico y extenso territorio, capaz de formar una gran familia humana con las más exigibles comodidades. Esas Monografías se refieren a una buena parte de los municipios de Colombia que don Rufino visitó en persona, tomando directamente los datos que suministra, y sin que su prosa sea un dechado de perfección, hay que saber que don Rufino escribía al correr de las horas a manera de apuntamientos de un diario de viaje, pero sus observaciones son interesantes y en cada una de ellas se descubre el anhelo de que todos nuestros pueblos progresen y mejoren sus condiciones de vida. Hasta ahora vamos entrando por este camino de

la defensa del factor humano en las relaciones de la vida social.

Roberto Botero Saldarriaga y Máximiliano Grillo son también figuras prestantes de esta raza antioqueña, y en la Academia de Historia han dejado señalada huella de su paso con obras de aliento, ofrendas de uno y otro al númen de Santander que ha sido para ellos una especie de guión en el desenvolvimiento de sus ideas políticas. Botero Saldarriaga ha escrito su "Libertador-Presidente", libro que arranca en el ocaso dejando atrás la aurora y el arribo al cenit del sol resplandeciente, y una extensa y detallada biografía de Córdoba; y Grillo, además de sus Emociones de la Guerra, publicó para el centenario del 6 de mayo de 1940 un volumen sobre el general Santander, donde dejó toda su admiración por el grande hombre.

Nació igualmente en Antioquia otro historiador que responde al nombre de Jesús María Henao, autor como Arrubla de la mejor historia de Colombia, y a quienes la Academia tributó no ha mucho el homenaje de colocar su retrato en el salón de sesiones ordinarias. Henao ha escrito, fuera de numerosas monografías, un precioso libro sobre la Grandeza de Bolívar, y es, en este campo, uno de los que mejor se han dado cuenta de la obra realizada por el Libertador, desde cualquier ángulo que se la considere.

Otros han dado lustre a la Academia y a las letras históricas desde elevados cargos públicos, y basta recordar aquí los nombres de Marco Fidel Suárez, Carlos E. Restrepo y Antonio José Uribe para designar de un solo golpe tres antioqueños que constituyen a cabalidad la grandeza de un pueblo. Porque nombrar a Suárez es traer a la memoria la más alta cumbre del saber entre nosotros: nombrar a Carlos E. Restrepo es recordar un alto modelo de austeridad republicana, y nombrar a Uribe es acer-

car el recuerdo de un gran polígrafo y hombre de estudio, y que si no compartió con Suárez y Restrepo los honores de la banda presidencial fue porque los hados le fueron adversos sin que esto amengüe su capacidad para dirigir el timón del Estado cumpliéndose en él la tesis de que en estas repúblicas, no son siempre los más versados los que ocupan la más alta magistratura sino aquellos que responden a circunstancias especiales en un momento preciso de la vida nacional.

Y cómo dejar de mencionar ahora, aunque su modestia se ruborice, a dos de nuestros colegas, aquí presentes, que vieron la luz a la sombra de estas breñas de Antioquia que ellos han escalado para contemplar mejor el panorama nacional? Son ellos Laureano García Ortiz y Luis López de Mesa. El primero, espíritu combativo si los hay, ha recorrido las más altas posiciones del gobierno, ha paseado su elocuencia de gran *causeur* por casi todos los paraninfos americanos y en todos ellos ha dejado una impresión que honra a Colombia. Porque García Ortiz conoce la historia y los hombres de este país casi por percepción personal, y sobre muchos problemas de la vida nacional, y sobre las grandezas y triquiñuelas de nuestros partidos políticos y sobre la actuación de nuestros personajes conserva detalles y frescas anécdotas que él propone siempre en la forma más interesante. Cuando toma la pluma no se diferencia del hombre de cátedra, y escribe conversando, y sus libros principales que él bautizó con el título de "Estudios Históricos", lo son en efecto, y versan sobre diversos asuntos de política y de historia siendo sus temas preferidos aquellos en que puede asomar la garra de león sin despojarse de la blancura de su traje. Una de las frases que hacen más llamativa la personalidad de García Ortiz es el equilibrio razonado de sus puntos de vista, porque él comprende, verbi

gratia, que si Santander tiene altísimo mérito en la gesta de la independencia, no por eso disminuye la gloria del Libertador, a quien rinde las palmas proceras del triunfo.

Del doctor López de Mesa yo no podía decir nada en este momento que no fuera conocido de todos los que me escuchan y de la nación entera. Por fortuna Antioquia tiene el mérito de apreciar a sus hijos, y aquí hemos visto de cerca la espléndida acogida que el congreso de Historia ha dado a este varón eminente de las letras y las ciencias, incansable en el estudio, conocedor de nuestra raza y planteador de problemas que convidan al recogimiento por la manera novedosa al par que verdadera con que los ofrece a la consideración pública. El doctor López de Mesa está sobre el tapete. No ha mucho rigió los destinos de la Academia de Historia con tan segura mano, con tal dominio de su cargo, que uno se admira por qué esta clase de sujetos no entran a regir destinos más elevados en la sociedad formada por los colombianos.

Los doctores Emilio Robledo y Julio César García, aunque trabajan lejos de la capital, pertenecen al seno de nuestra Academia, y con decir que, a lo que parece, son ellos los principales gestores de la Academia Antioqueña, dicho se está que contribuyen poderosamente al brillo de los estudios históricos. Cuando el doctor Robledo va a Bogotá, sentimos todos que ha llegado a la altiplanicie una flor de selección espiritual, y cuando se le ha dado el encargo de llevar la voz de la Academia en festividades solemnes, nos deja la impresión del auténtico saber unido a una modestia inalterable que le conquista los corazones.

El doctor García, sin peinar canas, es ya una figura destacada en el escenario de la historia colombiana. Casi niño le vimos sentado en los bancos

rosaristas rumiando las disciplinas clásicas en griegos, latinos y españoles, y esas disciplinas que él aprovechó como pocos, constituyen hoy la fuerza de su estilo y lo profundo de sus conocimientos.

Ved, señores, que tenemos razón para admirar la labor de Antioquia en la Academia de Historia, si todos los que han formado y forman parte de ella y vieron la primera luz en estas montañas nos han dado y nos dan ejemplo para el trabajo, modelo para las virtudes ciudadanas, enseñanza en sus obras y amor a la patria grande, libre y soberana. Desde las aulas del Colegio del Rosario, en ya lejana época, aprendimos a admirar este pueblo, esta raza, que a pesar de sus naturales defectos, ha figurado siempre a la cabeza de la República. Aquella admiración empezó en nosotros cuando comparábamos lo abrupto del terreno con la riqueza y la pujanza de sus hombres. Otros que no fueran los antioqueños habrían buscado algo menos feroz en la naturaleza, pero aquí justamente reside el mérito: semejante al Libertador después del terremoto de Caracas, vencieron a la naturaleza que se oponía ferozmente al trabajo humano. Y un pueblo que vence tan admirablemente tales obstáculos, bien podía esperar el dominio en otros sectores de la inteligencia, porque domeñada la tierra que con tanto lujo parecía desafiar todo esfuerzo, qué podía en adelante ser una valla a la victoria y al triunfo?

Recibid, señor Presidente, este pequeño testimonio de la Asamblea Colombiana de Historia con ocasión del cuadragésimo aniversario de vuestras tareas, y que esta tarjeta, que lleva esculpido el lema *Veritas ante omnia*, sea el documento que atestigüe nuestra visita a esta tierra antioqueña, de hoy y para siempre fijada entre nuestros mejores recuerdos.